

# EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

30 de noviembre de 1889

Núm. 109



EL MUÑECO DE GOMA





## UN RATO DE CHARLA

ERA, si no recuerdo mal, en los primeros meses de 1866. Las pasiones revolucionarias, hondamente agitadas, lo conmovían todo. Había ocurrido el día antes en Barcelona una horrible catástrofe: una noche, los Mozos de la Escuadra, de retén en la Rambla, habían hecho fuego matando á una ó dos personas. La agitación era grandísima.

»Al acudir á clase era de notar la efervescencia que reinaba entre los estudiantes. Una noble indignación había reemplazado el ordinario bullicio. Entramos en cátedra.

»Sin duda debió notar Letamendi la excitación que reinaba en el anfiteatro: ello es que, en vez de asombrarnos, como de costumbre, con su incomparable explicación del *diafragma* ó de los huesecillos del oído, pongo por caso, nos echó un discurso... ¡vaya qué discurso!... aconsejándonos la prudencia, etc., etc. Por supuesto, dicho de manera que no se parecía en nada á lo que hubiera podido decirnos cualquier otro, pues por algo es Letamendi, mejorando lo presente, la primera inteligencia de España.

»Pues bien: recuerdo que, entre otras cosas, rompió en elogios de D. Pedro de Alcántara, emperador del Brasil, citándolo como dechado de monarcas. Eso en 1866. Hube de interesarme desde entonces en lo qué era de este soberano, y, en efecto, tenía razón Letamendi: el mejor monarca del mundo, en nuestros tiempos, ha sido D. Pedro. Y por eso he sentido que le destronaran sin esperar á que se muriera. Yo ya sé que los pueblos tienen derecho á ser ingratos, pero... á la verdad... me ha causado mal efecto que le dieran ese ligero disgusto al buen emperador. ¡Quiera Dios no tenga que echarlo de menos!»

Eso me decía el doctor X. al despedirse ahora mismo, después de haber echado un parrafito sobre el acontecimiento objeto de todas las conversaciones, y, por rara casualidad, estuvimos de acuerdo. Ciertamente que da pena ver que le hayan ocasionado *ese ligero disgusto*, que decía el Galeno, al ilustre sabio que ocupaba el trono del Brasil. Dicese que el principal motivo para el destronamiento ha sido el temor de que le re-



emplazara el conde de Eu; pero, aun así, no me conformo. No: no se merecía eso D. Pedro. Por supuesto que él es muy filósofo y se consolará fácilmente.

Dudo que en Buenos Aires haya producido buen efecto la noticia, pues no podrán olvidar allí que cuando el general Urquiza salvó al país de la espantosa, bárbara, neroniana tiranía del infame Rosas, D. Pedro le auxilió eficazmente. Por otra parte, quien abolió la esclavitud fué él, contra toda clase de obstáculos, y con su amor á las ciencias logró que el Brasil fuese uno de los Estados americanos donde mayor vuelo alcanza el cultivo de las ciencias. Seguro, ciertísimo, que su imperio era una forma de gobierno excepcional en América, pero... podían esperar un poquito más los brasileños. Dicho esto á manera de oración fúnebre, pasemos á otro asunto.

\*\*

La cosa es grave: en Madrid, un chico de once á doce años ha asesinado á una niña, dicen que por celos. Simplemente dos monstruosidades. A este propósito he leído una observación que me ha impresionado mucho, á saber, que el porte de armas prohibidas es modernísimo, no aludiendo para nada á él D. Ramón de la Cruz, ni viéndose tampoco en las aguas fuertes y cuadros de Goya, el gran pintor de la manolera de su tiempo.

Indudablemente es ese uno de los efectos de la gitanería que nos envilece, nos deshonra, nos pone en ridículo y nos imposibilita de que nadie nos tome por lo serio. Y la gitanería es bastante nueva, casi contemporánea de la revolución del 68. Acuérdomé que, hallándome en Cartagena, allá por 1870, oí por vez primera *cante flamenco* con aplauso y regocijo de varios distinguidos jóvenes, uno de ellos, por cierto, cubano, archimillonario. La cosa me chocó, pero más había de chocarme después.

La gitanería es la lepra de nuestra sociedad y ha trascendido á todas las esferas: la podrida manzana de esa raza innoble ha corrompido todo



El muñeco de goma

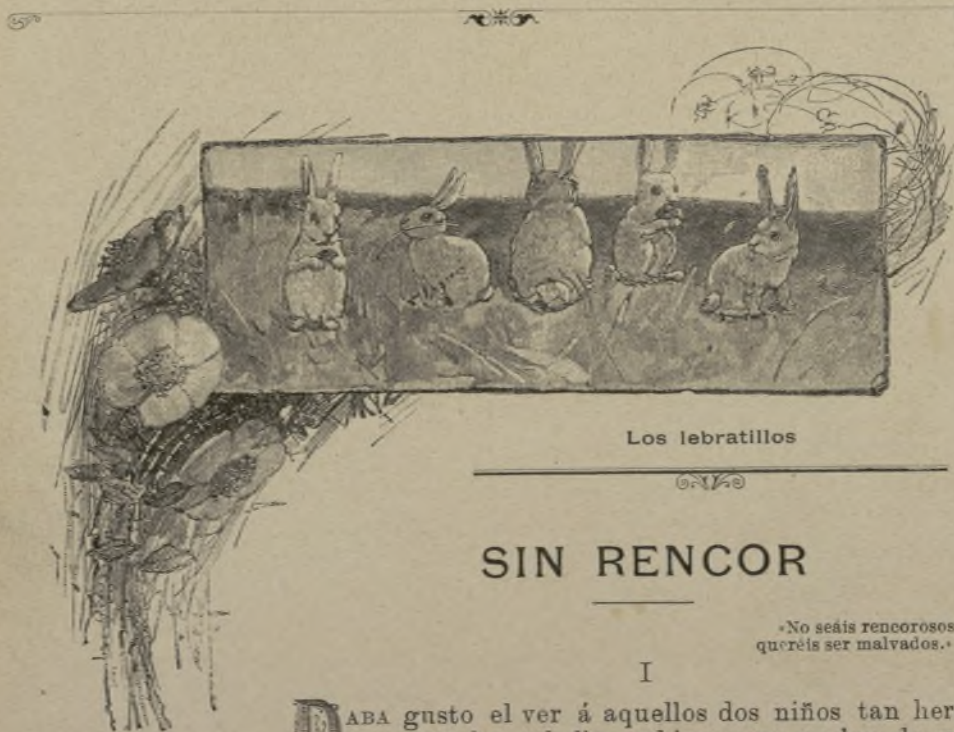


el país, y no puede uno mirar en torno suyo sin ver los síntomas de la infección. La futura é inevitable conquista de Europa por las hordas mogólicas se experimenta ya precisamente aquí en Occidente; nada van dejando en pie los gitanos: han hecho de nuestro pueblo un émulo suyo, de nuestra literatura un *cantaora* de sus inmundos vicios, de sus hembras el arquetipo de la belleza ideal, de su jerga nuestro lenguaje, de su moral nuestro código, de sus hechos y gestos la comidilla de la gente. En Francia se quejan del predominio de los meridionales; en Rusia y Alemania de la influencia de los judíos; en los Estados-Unidos de la preponderancia de los negros: aquí debemos quejarnos de los gitanos.

¿Cuándo habrá un Gobierno que, saltando por encima de todos los derechos y tuerzos del mundo, haga en ellos lo que Isabel la Católica con los judíos, Felipe III con los moriscos y los Estados-Unidos con los chinos?

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



## SIN RENCOR

«No seáis rencorosos si no queréis ser malvados.»

I

**D**ABA gusto el ver á aquellos dos niños tan hermosos, con los cabellos rubios como un haz de rayos solares, jugar en la playa á la caída de la tarde, cuando el globo incandescente del sol se hundía tras la línea imaginaria que el agua y el cielo trazaban allá en lo infinito.

Jorge, uno de los dos niños, era más alto, más robusto que su compañero Pedro; éste más tímido, aquél más resuelto. Ambos vestían unos trajecitos de marinero, pero el de Jorge era de dril, y á trechos la tela se hallaba super-



puesta; en cambio el de su amiguito era de finísimo paño azul, y los botones se asemejaban al oro bruñido por lo dorados y relucientes.

Ambos niños se querían como hermanos: bien es verdad que siempre se hallaban juntos y que unos eran sus juegos y aspiraciones; y aun cuando la diferencia social era notable en Jorge, hijo de un humilde pescador, comparada con la de Pedro, cuyo padre era capitán de navío, no por eso era menos el cariño que se profesaban y al cual coadyuvaban placenteramente los progenitores de Periquín, porque la familia de Jorge era honradísima y de unos sentimientos excelentes.



Los pies de Manuel

## II

- ¿A dónde vas, Perico?
- A buscar á Jorge, que me estará esperando en el muelle.
- ¡Phs! Yo no sé cómo tienes vergüenza en ir con ese pobrete.
- ¿Por qué, Antonio?
- ¡Bah! ¡Mira que traje lleva! Nunca ha visto en su bolsillo un céntimo, y su padre es un mísero pescador que no tiene donde caerse muerto.
- Pero es bueno, y el que sea pobre no importa.
- ¡Ta, ta! ¡Ya verás el pago que te da! Vente conmigo y déjate de mendigos, que fingen quererte tan sólo por que hagas con ellos el *primo*.
- Y el que tal decía, un niño de unos diez años de edad, vestido con pretenciosa elegancia, asió del brazo á Periquín, que no opuso la menor resistencia, y ambos amiguitos se pusieron á pasear tranquilamente por la Alameda.





Capricho de criaturas

## III

Aquella noche, Pedro, á solas en su lecho, reflexionaba acerca de las palabras dichas por su pretencioso amigo. Y, por más que su conciencia las rechazase, un incipiente orgullo le hacía comprender que, efectivamente, Jorge era muy bueno, sí, pero muy pobre, y, aun cuando su trajecito de dril se veía limpiísimo, sin embargo estaba lleno de remiendos; y, por último, que ninguno de los niños de su edad, tales como el hijo del capitán de fragata Rodríguez, el del teniente del navío *Neptuno* y otros por el estilo, se reunían al hijo del mísero pescador. Y hé aquí cómo en el pecho de Pedro penetró algo de repulsión hacia aquel amigo del alma, y que por ende hiciese formal promesa de cortar las relaciones tan cordiales que hacia él le unían.

## IV

Han transcurrido tres meses y encontramos á Jorge, triste y pensativo, sentado en un taburete de madera en la cocina de su casa, mirando como su madre prepara en una canasta los rodaballos pescados por su padre la mañana precedente.

—¿Qué haces, Jorge? ¿Por qué no sales?

—Y ¿para qué, madre?

—Antes no me decías eso. ¿Estás enfermo, hijo mío?

—No, señora.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Me extraña. Di: ¿por qué, desde hace un poco de tiempo á esta parte, no viene á buscarte Pedrín?

—Porque no quiere.

—¿Habéis regañado?

—No, madre.

—Entonces...

—Es que Pedro no me quiere ya. Ayer le vi en la playa, del brazo con el hijo del maestrante. Les saludé, y se hicieron los distraídos.

Y, al decir esto, los ojos de Jorge se anublaron por las lágrimas.

Su madre permaneció en silencio.

—Me desprecia porque soy pobre y él es rico,

—murmuró el niño con voz apenas perceptible.

Y, levantándose de su asiento, añadió:

—Madre, me voy á la playa á esperar á padre.



## V

El día estaba apacible, y la playa y el muelle se veían llenos de curiosos que iban á ver el arribo de uno de los vapores correos que hacen su periódica travesía de la Península á la Habana y viceversa.

Jorge no hizo alto en aquel montón de gente que esperaba ansiosa la llegada del correo, y siguió su camino hasta encontrarse al pie de un peñasco que distaba desde el Embarcadero una milla.

Al llegar á aquel sitio, el niño se detuvo como sorprendido.

En la cumbre de la peña se hallaban dos jovencitos discutiendo acaloradamente.



Capricho de criaturas

En ellos reconoció Jorge á su ingrato amigo y á Antonio.

—¡Ah que no te atreves,—decía el último á Pedro,—á dar un salto desde aquí á la orilla sin caer en el mar!

—¡Ah que sí!

—¡Ah que no!

—Mira.

Y Pedro se levantó de su sitio, y, poniéndose en pie, arqueó los brazos y se dispuso á dar el salto.

Jorge vió aquél y escuchó dos gritos de espanto.

En seguida adivinó la causa que los motivaba.

Rodeó la peña y pronto vió confirmados sus temores.

Pedro había calculado mal la distancia, y, en vez de caer á la orilla, traspuso ésta y fué á parar como unas tres varas mar adentro.

El peligro en que se encontraba el niño era inminente.

No sabía nadar y la marea crecía por momentos.

Antonio, desde lo alto de la peña, permanecía mudo de asombro, en tanto el hijo del pescador, con extraordinaria ligereza, se quitaba las botas y el traje-cito de dril y se echaba al mar á libertar aquella inocente presa, que se debatía en el líquido elemento angustiosamente.

Lo consiguió, por fin, después de una terrible lucha.

Asió á Pedro por la chaquetilla, y á remolque lo atrajo hacia la playa.



Allí, sobre la fina arena, depositó el cuerpo de Pedro; y notando que éste, por efecto del terrible trance ocurrido, se había desmayado, cogió con entrambas palmas de la mano un poco de agua y roció con ella el rostro de su ex amigo.

A los pocos instantes volvió en sí el niño, y al ver á su libertador lanzó un grito de alegría.

Después, levantándose, echó los brazos al cuello de Jorge, y besándole murmuró:



Marcos el violinista

—¡Jorge, hermano mío! ¡Perdóname si por un momento me olvidé de ti! Ahora te quiero más que nunca, y comprendo que la pobreza no es ningún delito. Tu acción tan noble me obliga á amarte con el cariño de hermano. ¡Dame otro abrazo... sin rencor! Porque tú no lo tienes: ¿verdad, Jorge?

—Sí: mis padres me han dicho siempre que no sea rencoroso, porque el rencor es la peor semilla que podemos abrigar en nuestro pecho.

\*\*\*

Tan embebecidos se encontraban los dos amiguitos, que no repararon que desde el principio de aquella conmovedora escena, Antonio, avergonzado de su anterior conducta, se había marchado sigilosamente de la peña.

ALEJANDRO LARRUBIERA





### A UN ARBOL SIN HOJAS

Hoy contemplo perdida tu hermosura  
porque el frío huracán de tal manera  
llegó á cebar en ti su furia artera  
que te privó de encanto y de frescura.

Pero pronto solicita Natura  
pondrá fin á tu mal, que placentera  
tornará la risueña primavera  
volviéndote tus galas y verdura.

Mas ¡ay! cuando en el curso de mi vida  
vea desaparecer las ilusiones  
que hoy me prestan valor y me hacen fuerte,  
no volveré á encontrar la paz perdida:  
¡que, secos nuestros tristes corazones,  
no tienen más consuelo que la muerte!

M. PERÍ GARCÍA



Los castores y sus viviendas



## LOS BARDOS



AL se denominaban los poetas y trovadores de las antiguas guerras entre galos, bretones y tudescos, siendo su historia la misma que la de los escaldos, poetas de la Escandinavia.



Extraños conductores

En rigor no puede precisarse el verdadero significado de la palabra *baird*, voz radical que como otras muchas se deriva del céltico y tudesco, pudiendo apreciarse como aventurada suposición el criterio de algunos etimologistas que pretenden que *Bardo* era el nombre de un supuesto rey de las Galias, cuando las Galias no tenían ni reconocían por aquellos días ningún rey.

Antes de que los *bardos* degenerasen pervertidos por el espíritu de la adulación, y cuando todavía su número no era muy excesivo, prestaron grandes servicios á la patria componiendo odas y cantos guerreros que comunicaban, con su entusiasmo, el fuego del heroísmo en los combatientes. Para for-



marse cabal idea de aquellos cantos, hay que compararlos, dice un ilustre historiador, con los de Tirteo, de los que sólo restan prodigiosos fragmentos entre las admirables ruinas de la literatura griega. No tenían los *bardos*, sin embargo, ni la elegancia ni la sublimidad de Tirteo, pero sí su vena y su vigorosa fuerza.

Es asombroso leer en la historia de Suecia, Dinamarca, y particularmente de Irlanda, el grado de poder y consideración que insensiblemente conquistaron los bardos y los escaldos. No sólo disfrutaban de privilegios que les eran propios, si que también de beneficios que entre ellos se habían creado: de ahí el aumento prodigioso de la clase y su rápida descomposición. La tercera parte



Extraños conductores

de los habitantes de Irlanda tomaron el nombre de bardo: no había otro medio para librarse de pagarles los tributos que se creían con derecho á percibir. Cada treinta individuos estaban dirigidos por un *ben bairdhe* (maestro), poseyendo todos por igual privilegios y bienes que les habían sido concedidos en circunstancias extraordinarias, en batallas y combates, atribuyéndose á la mágica de su inspiración el denodado heroísmo de los combatientes. Los feudatarios de los bardos veíanse libres de todo impuesto, siendo respetados como cosa divina en las continuas y tenaces guerras nacionales, tan frecuentes en aquella antigua edad. Los bardos de Irlanda, además de ser feudatarios, estaban en posesión del derecho de ser mantenidos por espacio de seis meses á expensas de la nación, pudiendo alojarse donde mejor les cuadraba y estimaban preferible. Se comprende, pues, los prosélitos que la clase hizo, y más todavía que se escudaran con el nombre de bardos todos los haraganes y gentes de no muy ejemplar vivir.

A fines del siglo VII, haciéndose ya intolerables sus abusos y atropellos, pronuncióse el pueblo contra sus privilegios, haciéndose una *razzia* completa entre ellos, y limitando el número de los que debían continuar disfrutando de



sus excepcionales privilegios, no resolviéndose á privarse por completo de unos seres á los cuales estaban acostumbrados á mirar como á instrumentos decisivos del éxito de sus victorias.

Aunque parezca un hecho algo inverosímil, ello es que al disponerse los pueblos á reñir una batalla los bardos eran los primeros de acudir al campo, entonando entusiastas himnos. Empezando el combate, retirábanse en sitio seguro, desde donde contemplaban la acción hasta su fin, observando todos sus detalles y siguiendo con el mayor interés los movimientos de los combatientes. Si un guerrero, sin justificado motivo, abandonaba su sitio, lo satirizaban sangrientamente hasta hacer execrable y aborrecida su memoria; anatemata que quedaba como una tradición entre el pueblo.

Carlomagno, según refiere Eginard, mandó formar una recopilación de todas las obras de los bardos.

TRINIDAD DE LA ROSA



## — \* NUESTROS GRABADOS \* —

### EL MUÑECO DE GOMA

El buen Jorge tenía un muñeco de goma al que puso por nombre Pedro, y habíase aficionado tanto á él que le consideraba casi como un hermanito y llevábale á todas partes. Cierta día la mamá debió trasladarse en ómnibus á un pueblo inmediato, y Jorge, según su costumbre, empeñóse en llevarse consigo el muñeco. Llegados los viajeros á su destino, apeáronse al punto, y Jorge, olvidando un momento á su compañero de goma, dejóle en el asiento del ómnibus, sin acordarse de él hasta que el coche se hubo perdido de vista.

Fué tal la desesperación de Jorge al echar de ver la falta, que su mamá hubo de ir á la administración del coche para reclamar el objeto, y por fortuna pudo encontrarle, con lo cual proporcionó á su hijo la más inmensa alegría que nunca experimentara.

### LOS LEBRATILLOS

Junto á unas espesas matas, cuatro lebratillos se mantienen acurrucados, temerosos de moverse porque el más leve rumor los espanta. Solamente la hembra sale y entra continuamente, y cúidase con la mayor solicitud de alimentar á sus hijos. Así transcurre todo un verano, y al fin los lebratillos, sintiéndose ya fuertes y ligeros, obtienen de su madre el permiso para salir á recorrer el campo; pero más seguros estarían en su escondite, y tal vez ninguno de ellos vuelva á ocuparlo si encuentran en su camino algún cazador.



### LOS PIES DE MANUEL

El mimado Manuel padece mucho de los pies, según él dice, y su mamá los examina continuamente; pero nunca encuentra en ellos nada, y es porque el niño se queja de vicio, sin duda porque es perezoso y no le gusta andar ni correr como los otros niños. En esto hace mal, porque la pereza es madre de todos los vicios.

### CAPRICHOS DE CRIATURAS

Felipe y Manuel, uno de seis años y el otro de siete, habitaban con sus padres en una casita próxima á la orilla del mar. Cierta día rogaron á su papá que les construyese una tienda como las que usan los indios en el campo, y, una vez satisfecho su deseo, quisieron dormir en ella, como lo hacían aquellos salvajes.

Llegada la noche, Felipe y Manuel se echaron á dormir tranquilamente sobre un montón de paja, y no tardaron en conciliar el sueño; pero los padres, juzgando que aquella broma podía ser peligrosa para sus hijos, fueron á buscarlos para conducirlos á su casa.

### MARCOS EL VIOLINISTA

Marcos es un negro de Nuevitas que toca el violín para ganar la subsistencia, y es tan buen hombre y tan gracioso que todo el mundo lo quiere. Deja á los niños hacer diabluras con él, y hace reír á todos. Habla con su violín como si fuera un ser animado, toca bien, y baila con perfección la danza de su país.

### LOS CASTORES Y SUS VIVIENDAS

¡Qué animales tan singulares son los castores, y qué extrañas viviendas construyen! Forman una especie de choza con ramaje de los árboles y barro, y este último les sirve de mortero.

El castor tiene los dientes fuertes y grandes, y de ellos se sirven para cortar las ramas, á las cuales deja poco más ó menos la misma longitud. Con sus patas reúnen el barro ó cieno, y cuando están á punto de construir su guarida sirven de su cola aplanada lo mismo que los albañiles de la paleta; de modo que pueden alisar muy bien la capa blanca.

La cola del castor es muy corta, pero se adapta bien para la operación. A medida que la pared de la vivienda se eleva, le es más difícil al constructor llegar á lo último; pero entonces se encarama arriba y continúa su obra.

El género de vida de estos pequeños animales es muy perezoso durante los meses de verano; pero á fines de agosto reúnen muchos individuos y van á cortar el ramaje que necesitan.

El castor elige siempre el sitio más propio para construir su vivienda, es decir, junto á una corriente de agua. Para penetrar en su guarida se ha de sumergir en aquella, y á fin de mantener el agua sobre la entrada de la vivienda á la altura necesaria, construye una presa perfecta, también con ramaje y barro. Para que su obra no se descomponga ni salga de su sitio, fija piedras sobre ella, á veces de considerable tamaño.

¿Cómo comprenderán esto? Si no construyesen una presa, la puerta de la vivienda podría quedar obstruida por el hielo cuando el agua bajase mucho durante el invierno.

Esa especie de choza del castor tiene dos compartimientos, cuya forma se asemeja á la de un horno. El animal vive en el superior, y el inferior le sirve de almacén ó despensa. Aliméntase de raíces y ramaje de diversos vegetales durante el invierno, y á menudo acumula grandes cantidades.

Este maravilloso animal mide unos 3 pies de largo, y su cola 11 pulgadas. Esta última le sirve de remo cuando nada, y en el líquido elemento avanza más rápidamente que en tierra.

Así veis, hijos míos, que Dios da á cada uno de los seres de la Naturaleza los instrumentos que necesita para los trabajos que debe ejecutar.

### EXTRAÑOS CONDUCTORES

Mientras estabais en el campo, sin duda habréis sonreído más de una vez, hijos míos, al ver un pollo encaramado sobre una gallina, tomando el sol, y al observar después que



cuando aquélla se ponía en movimiento el pollo caía en tierra por no tener bastante fuerza para sostenerse. Sin duda por esto os extrañará tal vez más lo que voy á contaros.

— Conócense una ó dos especies de aves que vuelan á largas distancias llevando encima sus hijuelos. Hay algunas avecillas que cruzan el Mediterráneo, sirviéndoles de conductoras otras mayores, pues no tienen fuerza suficiente para volar tanto, y se ahogarian sin remedio, cayendo en el mar.

En el otoño esas pequeñas aves reúnen á lo largo de la costa norte para esperar la llegada de las grullas, como lo hace la gente que espera el tren en la estación de una vía férrea.

Con los primeros vientos fríos las grullas llegan por bandadas, cruzan los campos cultivados, y dejan oír un grito particular como de llamada: este grito equivale al sonido de la campana que se toca cuando el tren se ha de poner en marcha.

Las avecillas lo comprenden muy bien, y al punto precipítanse para buscar un buen sitio. Si hay demasiadas pasajeras, algunas deberán esperar el tren siguiente, es decir, otra bandada de grullas.

Allí no se expenden billetes, mas no por eso se va con menos seguridad. A las grandes aves les complace llevar aquella carga, porque les comunica calor, y con esto las pasajeras pagan su conducción. Entre ellas hay representantes de diversas naciones, pero en su viaje aéreo todas son compañeras y buenas amigas.

Cuando llegan al país del sur, fabrican sus nidos y cantan alegremente, como viajeros que han llevado á buen término un largo viaje.

### LA MARIPOSA

Isabel cogió una mariposa, y, después de enseñársela á su mamá, pidió permiso para conservarla en una cajita, imaginando que el insecto viviría mucho tiempo en su estrecha prisión. Al efecto quiso alimentarle con granos de trigo y miguitas de pan; pero á los pocos días la pobre mariposa, falta del aire necesario y de su acostumbrado alimento, dejó de existir, lo cual ocasionó á Isabel el primer disgusto de su vida.

### CANDIDEZ

Mi abuela dice que pierde los puntos de la calceta cuando yo la interrumpo en su trabajo. Yo quisiera ayudarla, pero soy muy pequeñita y aun no puedo hacerlo. Muchas veces busco sus puntos por el suelo y nunca los encuentro. Yo no sé dónde estarán; y cuando se lo preguntó á mi abuelita, en vez de contestarme se ríe á carcajadas, llamándome inocente. ¿Dónde se perderán los puntos de la calceta?

---

## EL MANZANO

(Continuación)

El colono Kent, en efecto, amigo de nuestro buen hortelano, le prestó el perrazo, que era tal como había dicho, y le dejaron atado en el manzano.

Llegada la noche, Tarlton, Loveit y sus camaradas volvieron al merodeo. Orgullosos con su hazaña de la víspera, llegaron allí cantando y bailando; pero apenas hubieron saltado en el jardín, cuando el perro, levantándose sobre sus patas traseras y haciendo resonar su cadena, ladró con furor. Nuestros merodeadores, sobrecogidos de espanto, no sabían qué hacerse.

—¡Tomemos por este lado!—dijo Tarlton.

Y se fueron por una alameda desviada.

—¡El perro acaba de romper su cadena! ¡Sálvese quien pueda!



A esas palabras de Tarlton cada cual se apresuró á escalar la pared. Loveit, que se encontraba solo detrás, exclamó:

—¡Socorro! ¡Os lo ruego! ¡Ay! ¡Venid en mi socorro! ¡No puedo irme solo! ¡Un minuto! ¡Un solo minuto, mi querido Tarlton!

Pero el querido Tarlton no oía de aquel oído, y Loveit, abandonado de todos los que un momento antes se vendían por sus amigos, sólo á costa de grandes trabajos pudo escapar y ganar su dormitorio. Desde entonces comenzó á ver únicamente en Tarlton á un chico que gustaba de jactarse de sus grandes hazañas, pero que en el momento del peligro era el primero en poner pies en polvorosa; así fué que al día siguiente les dijo á sus camaradas:

—¿Por qué no me habéis ayudado ayer, cuando os lo rogaba?

—Pues si yo estaba muy lejos,—dijo el uno.

—Yo no podía,—arguyó otro.

—¿Y tú, Tarlton?

—¿Yo? Bastante tenía con pensar en mí. Cada palito que aguante su vela.

—¡Hola!

—¡Claro! ¿Qué tiene eso de extraño?

—Nada, sino que me figuraba que me querías mucho.

—Y mucho que te quiero, ciertamente: solamente que más quiere uno su pellejo que el de los otros.

—Hardy no me ha comprometido como tú, y sin embargo...

—¡Eh!—repuso Tarlton algo alarmado. Lo que dices no tiene sentido común. Vamos, escucha. Sentimos mucho lo ocurrido, y te rogamos nos dispenses. Dame esos cinco, y olvidemos lo pasado.

—Te perdono,—respondió Loveit alargándole la mano,—pero no puedo olvidarlo.

—Vamos, veo que estás de mal humor, pero ya sabemos que no le guardas rencor á nadie. Vente con nosotros: ya sabes que eres el mejor chico del mundo y que hacemos siempre tu gusto.

La lisonja le venció: Loveit se sentía tan feliz al creerse realmente querido, que no advertía servía de juguete á sus malos compañeros.

—Es extraño,—dijo sin embargo,—que me queráis tanto y me hayáis dejado esta noche en tan cruel apuro.

Y se puso á comparar sus nuevos amigos con Hardy. Este le hablaba siempre con bondad, no le impelía á hacer sino bien, le revelaba sus secretos y le ponía en conocimiento de sus pensamientos más íntimos.

Por la noche, en el recreo, Hardy se encontraba cerca de Loveit, que arro-



La mariposa



llaba entre sus dedos un pedazo de papel, cuando acercándose á él Tarlton le cogió por un brazo y le interpeló en tono brusco.

—Ven: tengo algo que decirte.

—No puedo ahora.

—Y ¿por qué, si puede saberse?

—Iré luego.

—Ven ahora mismo: eres un buen muchacho y tengo algo muy importante que comunicarte.

—¿De qué se trata?—respondió Loveit, que temió no viniese á proponerle alguna nueva mala acción.

Tarlton se lo llevó aparte y, queriendo atraérselo con algun regalo, díjole:

—Loveit, el otro día manifestaste el deseo de tener una peonza. ¿Quieres la mía?

—Sí, ciertamente, mi querido Tarlton, y te lo agradezco. Pero ¿qué tienes que decirme de importante?

—No puedo decírtelo en seguida: después, cuando estaremos solos.

—Pero si no puede oírnos nadie.

—Ven un poco más lejos. Oye: ¿te acuerdas del miedo que nos dió el perro la otra noche?

—Ya lo creo.

—Pues bien, tranquilízate: ya no nos causará más.

—¿Cómo es eso?

—Mira.



Candidez

Y Tarlton enseñó á su camarada un paquete envuelto en un pañuelo azul.

—¿Qué es eso?

—Ya ves.

—Veo que es carne. ¿Quién te la ha dado?

—Tomasito, el mozo, por seis sueldos.

—¿Y es para el perro?

—Sí: quiero vengarme de él y privarle de que vuelva á las andadas.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA